

Ni es ladrón, ni asesino; no hace á nadie pizca de daño. Y á más á más, sabe su obligación como cumple; porque yo de toda la vida le conozco, y no andan por ahí muchos con la habilidad suya. Él es carpintero, ebanista, tallista; hasta de relojería entiende. Tiene unas manos de oro... *Solamente* que...

No le dejé acabar. Había comprendido, y me bastaba para ello una segunda ojeada á la abatida criatura, acercándome á ver su rostro, á notar su actitud característica de los alcoholizados habituales cuando no están bajo la inmediata influencia del veneno. Las líneas de su cuerpo eran esas líneas de desairada oblicuidad, tan aprovechadas por los caricaturistas para la cómica silueta del borracho de profesión; sus piernas parecían de algodón en rama, y sus pantalones, en las perneras, hacían esos fuelles que delatan la debilidad de la pierna, la inseguridad de locomoción, síntoma fijo, según ha observado Ribot, de las alteraciones cerebrales. El rostro rojizo, el lacio bigote, los ojos vidriados y húmedos, la nariz amoratada y desfigurada, completaban la facies del bebedor, marcado y sellado por su vicio.

—*Solamente* que..., repitió al cabo de una pausa el maestro, á éste le gusta, vamos, un día... alegrarse con un vasito más ó menos... Cosas de hombres, una afición... Y ahí está lo que lo ha perdido... Ahora no tiene ni qué comer, ni encuentra dónde acomodarse... Es una desgracia. Yo, al saber que no le admitían, fui á responder por él. Yo hasta le ofrezco posada en mi casa... No puedo hacer más.

El maestro que hablaba así, viene diariamente á trabajar desde su aldeilla, á unos tres cuartos de legua...

Y el miserable, tomando la palabra por primera vez, barbotó, anonadado:

—Yo no puedo andar esa distancia...

La confesión de una decadencia física no es penosa al burgués, que no trabaja con sus músculos, sino con su inteligencia, revolviendo legajos, trazando planos, despachando expedientes, emborronando cuartillas. Ese burgués, cualquiera que sea la ocupación á que se consagre, no tiene reparo en exclamar: «Estoy neurasténico... Siento fatiga... Hago mal las digestiones... Me canso al subir las cuevas... Vengo sudando, porque tuve que ir á pie hasta la plaza de toros...» Pero el operario manual, de cualquier oficio, mira como desdoro la falta de fuerza; su amor propio profesional es ser apto, recio, vigoroso..., y yo he presenciado verdaderos alardes, obreros convalecientes, obreros tuberculosos, obreros muy jóvenes, obreros ancianos, queriendo demostrar á toda costa la resistencia física, la capacidad para la penosa faena. Yo les he visto mover, entre risas y chanzas, el enorme sillar ó la viga desmesurada, increpando todos al que desmayaba, como se increpa en los combates al soldado que retrocede. Yo les he visto, después de un día entero de aguantar el sol colocando piedra y respirando cal, ó remachando el clavo en los pontones colgados sobre el vacío á muchos metros de altura, correr hacia el bailoteo de la aldea, y no dar paz á sus cuerpos hasta entrada la noche. Para que un obrero declare que no puede andar cuatro kilómetros, es preciso que se encuentre bien abajo, que se haya ido muy á fondo...

Y este hombre lo confesaba con absoluta humildad y confusión; se veía al vencido en la batalla con el impulso vicioso, al dipsómano incorregible... La mayor derrota es esta: la derrota individual, la derrota sin desquite, pues nos vence nuestro propio instinto, en lucha con la difícil, ardua, coordinación de las voliciones conscientes y preservadoras...

Nadie tan derrotado como el que, comprendiendo el peligro de una acción, no puede renunciar á ejecutarla...

He escuchado quejas de abúlicos, maldiciendo de sí mismos, deplorando su modo de ser, enviando la resolución con doble envidia que el dinero ó la felicidad, porque ambas cosas obtendrían si la resolución les asistiese; y los lamentos de estos enfermos del alma no me conmovieron tanto como el sencillo, doloroso gesto del borracho incurable, resignado y desesperado á la vez, que lo expresaba todo: la convicción de la pronta muerte, de la incapacidad para el trabajo, de lo inútil de la maestría adquirida, de la inutilidad del esfuerzo para enmendarse, de lo ocioso de imaginar siquiera tal esfuerzo, del cual es incapaz el derrotado...

¿Y á qué predicar á este *ex hombre*, como diría Gorki? Seguramente su pasión, más fuerte que el miedo y que el egoísmo saludable del operario dies-

tro á quien el trabajo no le ha de faltar, á quien el jornal relativamente crecido asegura pan é independencia, no ha de vencerla ningún consejo. Este desventurado se va con su pasión por los caminos de la bohemia, sin fuego ni lecho, sin ropa ni casa, y ni se le ocurre que un acto de su voluntad puede proporcionárselo todo..., todo, menos esa dicha de Satanás que se encuentra en el fondo de una botella, en el vidrio basto de un vaso de taberna ó figón, todo, menos esa hora de olvido y de delirio, de ilusión mortífera, que da el alcohol á sus devotos...

Cuando llegan á este estado, lo que les dijeseis sería prueba de excelente intención, pero de escaso conocimiento de los desastres pasionales en un organismo, en una fisiología. No es lo malo, dicen los teólogos, el pecado, sino el estado que crea; la predisposición á convertirse en tendencia, de tendencia en costumbre, de costumbre en necesidad, de necesidad en ley... No prediquéis sino á los que pueden todavía reaccionar. A los irremisiblemente perdidos..., ¿para qué? Yo he tenido la fortuna de no ver nunca á mi alrededor á nadie que bebiese: ni aun los criados—bien alimentados—suelen en mi casa aficionarse al vino. Mis ascendientes (hasta donde es posible llevar la cuenta de estas cosas) fueron gente sobria, y quizás su sobriedad me ha salvado de esos *aparecidos* (que determinan, obscuramente, tantos desequilibrios nerviosos), haciendo de mí la más apasionada bebedora de agua que existe... Por la imposibilidad que tenemos de concebir el ajeno goce si no conviene con nuestro gusto; por no saber colocarme en la situación del dipsómano, carecería de argumentos que oponer á su pasión... La sensación que desconocemos; la que otros encuentran tan deliciosa que por ella pierden los demás bienes de la vida, la honra y la estimación (dentro de su esfera cada cual), la que nosotros no comprendemos..., justamente por eso, no tenemos medio de impugnarla. El «¡Si usted supiese!» de los maniáticos pasionales, de los que una idea preferente inutiliza, nos deja mudos. No; yo no tengo nada que objetar, nada que reprender en este hombre, que se mata de este modo, como podría matarse de otro, y no se llora á sí mismo, porque entre un infinito de abandono y miseria tiene un minuto de edén.

Y rechazado por sus compañeros, negada la hospitalidad por la humilde *fondista* que brinda en vez de cama un haz de paja fresca tragal y por menú un cuenco de leche ó unas berzas con tocino rancio (pero á la fondista no la gustan borrachos crónicos, eso ha de saberse; y todo lo más que puede consentirse á un pobre, es que se alegre el domingo con un vasete de vino honrado, del picante vinillo de la tierra ó del sano Ribero de Avia), el miserable se va. Es la hora del atardecer; los demás obreros descargan los últimos golpes de pico ó los últimos raspones de azuela, con la inquieta excitación de que sólo faltan unos minutos para soltar la herramienta, echarse al hombro la chaqueta, y tomar la vereda hacia el bailoteo en la carretera, apretando cinturas rollizas, á la luz de la luna... El miserable se va. Su silueta es una mancha oscura sobre lo blanco del sendero arcilloso. Avanza lentamente, con la cabeza gacha; pisa blando, inseguro, y á los pocos metros se detiene, sin duda para tomar aliento. Me parece oír de nuevo su frase:

—Yo no puedo andar esa distancia...

¿Que en dónde pasará esta noche? Donde la pasan tantos, tantos, que no tienen ni hogar ni asilo. Fernán Caballero declaraba su ansia por conocer el paradero de los cuerpos de los pajaritos que se mueren, y que nadie sabe cómo desaparecen, dónde caen con la pluma erizada y las patas rígidas... Problema de la misma índole es este de cómo se valen, en qué rincón se ocultan los miserables vencidos definitivamente. ¿Será en alguna taberna, concha ruda que encierra la perla roja de la embriaguez? ¿Será en un pajar, será en un hórreo vacío? ¿Será en la zanja del camino hondo? ¿Será en la choza en construcción, entre montones de piedra partida? ¿Será en la caritativa mansión de un labriego que, sencillamente, practica las obras de misericordia?

El miserable, después de respirar unos momentos, avanza... Sobre el oro verde del poniente, su silueta sombría es una mancha informe.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer he presenciado un espectáculo triste y para mí nuevo, que, bien mirado, acaso tenga mucho de edificante, porque revela, en las clases populares, cierto horror al vicio. Le llamo triste, porque es triste no sólo (como dijo el poeta) todo gran amor, sino toda gran locura humana.

El teatro de la escena es un taller de carpintería. Estos talleres huelen bien, y adornados con su cabellera rubia de ensortijadas virtudes, tienen un aire de pacífico, regocijado y aseado. El banco, reluciente por el uso, presenta la fisonomía simpática de los muebles patriarcales que han prestado incansante servicio, y que están dispuestos, en su robusta y terne vejez, á continuar prestándolo. Las herramientas brillan, y su mango aparece bruñido también por la presión de la mano laboriosa. Los rimeros de madera labrada ya muestran en cambio un aspecto juvenil, claro, limpio, y embalsaman el aire con los efluvios de sus resinas aromáticas.

Todo contribuye á la impresión de un trabajo relativamente muy dulce, que se hace á cubierto, sin el riesgo perenne de las subidas al andamio; trabajo lucido, de esos en que la obra inspira complacencia en mirarla, la satisfacción del esfuerzo inteligente realizado. Esta profesión que no embrutece, cual el horrible trabajo del minero; que no lleva en sí ningún estigma de esclavitud, como se diría que lo llevan otras faenas y otros arbitrios para ganarse el pan...

Y en el ángulo de ese taller de carpintero, semi-agazapado, escondiéndose como se esconden los miserables, estaba un hombre.

Pregunté qué hacía allí.

—Ha venido, díjome el maestro, á buscar trabajo... Y no puedo dárselo, porque no le dan posada.

—¿Que no le dan posada?

—No... Ni en casa del platero, ni en casa de la señora Cándida le quieren recibir.

—¿Pero por qué?

—Porque...

Y el maestro, azarado, no proseguía. Al fin rompí:

—Porque... ¡Cosas que pasan! A los compañeros, que están acomodados ya en las posadas de por aquí, no les gusta que vaya éste...

—Habrás, indíqueme, alguna razón... Los obreros se ayudan entre sí, y hacen bien... Cuando no consenten...

Y me detuve, porque el miserable, siempre agazapado en su rincón, en la penumbra de los tablonnes, me miró un momento y luego agachó la cabeza.

—Este, advirtió el maestro, no es un mal hombre.